

nos recordar al instante la historia del **Cruel o Justiciero** —constantes contradicciones de Sevilla— Pedro I, repudiado por algunos y admirado también por su donjuanismo —la represión social a que el «status» corporativo de la decencia ha sometido a más de una generación de españoles tiene fiel reflejo en esta Sevilla, donde aún hoy las prácticas donjuanescas tienen secretos y entusiastas adeptos— y sus curiosos actos justicieros, y donde, al mismo tiempo, se testimonia la vigencia de un pálpito vivificador con el recuerdo de muchos sevillanos heterodoxos —Blanco White y Cernuda, Martínez Barrios, Giménez Fernández y Pepe Díaz, Saborido y Soto, entre otros muchos—, que, por serlo, no han tenido ni buena prensa ni bien vistos han sido por los hispalenses.

Que Sevilla no es precisamente una fiesta, a pesar del aire charanguero que algunos han tratado de insuflarle, viene a quedar patentado en este libro, a veces sarcástico, irónico y burlón otras, demoledor en algunos instantes, en ese juga-jugando que tan bien va a la pluma de Burgos.

Pocas cosas han escapado a su intención, tanto respecto de la oficial metrópoli como a la real ciudad, de la intemporal urbe hispalense como de la vibrante ciudad sevillana. Pocos mitos no han sido auscultados, desde la Semana Santa a la Feria, desde el capillismo al falso «boom» de la ciudad en tiempos de la Exposición del 29, que un dictador impuso como remedio, primordialmente, a la falta de puestos de trabajo. Pícaros más o menos populares también tienen su nota expresa, al igual que el mitificado y ya en decadencia señorito andaluz, que en algunas

zonas de la ciudad tiene aún su último reducto.

Presente y pasado unidos para dar una dimensión; el recuerdo de Almotamid junto a la presencia de un gobernador civil que acabó con las mujeres de mala nota —en hispalense frase—, putas de la Alameda según sevillanismo al uso. Cernuda, y Bécquer, y Machado marchando al lado, hoy, de una nueva nómina de intelectuales que se preocupan y trabajan por y en la realidad andaluza. Maestros frente a mozos de estoque. Patronos en bancarota unidos en lo posible a las grandes empresas que se marchitan al no poder cubrir los presupuestos de rendimientos que propone el capital. Y entre azahar y canícula, húmedos inviernos y primaverales días de otoño, a cada instante más abierta la zanja divisoria entre la Sevilla oficial y la Sevilla real; la que se muere en sueños de pasada grandeza y la que vibra y rebulle porque quiere para sí un futuro mejor.

Preparada como a modo de una tradicional guía turística —con ciertas licencias heterodoxas que el autor ha tenido la real gana de hacerse—, donde aparecen calles y plazas, monumentos y costumbres, amén de relaciones de bares, libros recomendados, discos y direcciones útiles, a más de otros consejos orientadores, Burgos ha ofrecido una dimensión original de Sevilla en su guía. Sólo hay incienso y azahares para ser puestos en su justo término, al tiempo que la otra Sevilla, la que algunos denominan Sevilla negra, otros la Sevilla auténtica, está ahí, aleteando en esas trescientas y pico de páginas, que, como ya digo al principio, más de una roncha han levantado en la flácida piel de más de un hispalense.

Y aunque la vieja bu-

rra precise de muchos **paltos pa que ande**, Burgos ofrece una muestra de vara que también resulta válida, sin que ello dificulte otros caminos a recorrer por aquellos que se sientan tentados en la aventura de dejar de decir amén a todo lo que, antiguo, pasa a veces por **histórico**. ■ **FERNANDO ALVAREZ PALACIOS.**

ARTE

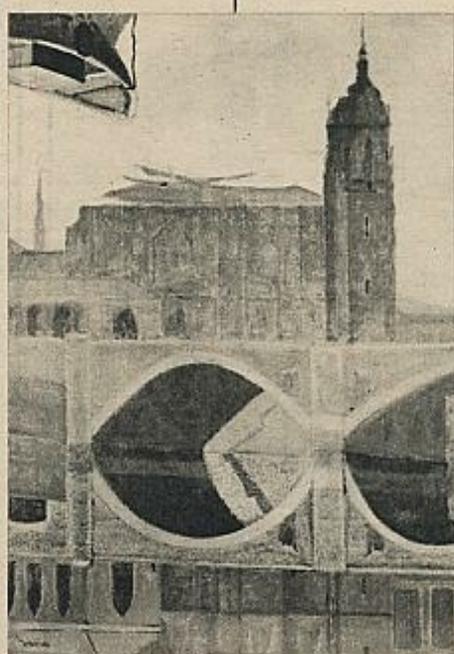
Ni siquiera vale la pena pedir disculpas. Es imposible ver, y mucho menos reseñar, la ingente cantidad de exposiciones que pululan por Madrid en la temporada. Uno va, sin orden ni concierto —todavía con menos concierto que orden—, por las galerías que más conoce, por las que le lleva su propia querencia, y va reseñando cosas. Al fin y al cabo, tampoco esta reseña es fundamental... De pronto, uno cae, por alguna razón, en una galería que queda a extramuros de los pasos de su costumbre, y descubre a un pintor. La galería Frontera, hasta ahora la tenía yo bastante desasistida, pero entré en ella el otro día y descubrí a un pintor que no conocía: Luzuriaga. Ahora ya no puedo ignorarlo: ni a él ni a la galería Frontera.

Paisajes de Luzuriaga

Juan Ramón Luzuriaga es de Bilbao o vive en Bilbao. Eso no lo dice el catálogo, ni me lo ha dicho él, al que no conozco, pero no hay más que verle la expo-

sición: esa ciudad, con su ría, está presente en toda la obra. Deduzco su patria bilbaína de tres circunstancias: de la presencia casi tutelar de esa ciudad en su paisaje, de su nombre mismo... Y de algo más sutil que habría que explicar: de una absoluta falta de lo que yo he llamado alguna vez «beatería de lo nuevo»; de la presencia de un magisterio de todos los maestros de la escuela pictórica de Bilbao. Sí, porque esos vascos de Vizcaya siempre saben hacerse responsables en su obra de sus tradiciones más recientes. Los de Vizcaya digo: los de Guipúzcoa son más propensos a las aventuras de la extrema vanguardia... Lo cual, en cualquier caso —vizcaino o guipuzcoano—, tiene virtudes que lo justifican...

Pero volviendo a Juan Ramón Luzuriaga, es muy curioso el hecho de que, aun viviendo en un país —el vasco— con una naturaleza y un paisaje deslumbradores —siempre recordaré el arroyo de don Daniel Vázquez Díaz cuando hablaba de su querido paisaje vasco—, aun teniendo a ese paisaje a la vuelta de la esquina, él siempre pinta el paisaje urbano, el de su ciudad. ¿Por qué es eso así? La pregun-



Luzuriaga.

ta, ya que no puedo hacerle a él directamente, se la hago a su propia obra. Y ésta es la respuesta que de su obra deduzco:

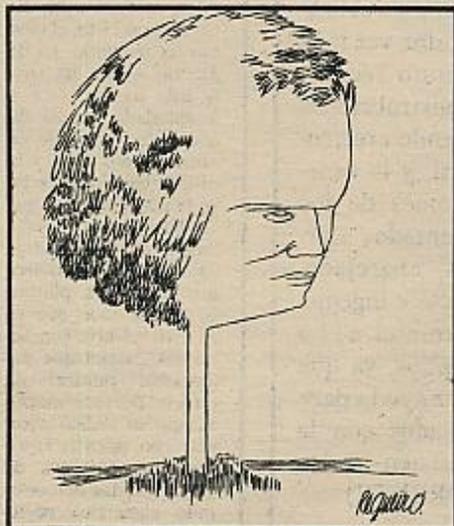
Es que Luzuriaga tiene necesidad de darle vida pictórica a unas estructuras que el paisaje de las nebulosidades hiperbóreas, más o menos vegetales o más o menos terrenales, no podía darle. Luzuriaga, al pintar Bilbao, se identifica con unas arquitecturas, o con unas lineaciones impuestas por la misma ría, que le imponen a toda su

obra una disciplina de líneas rectas con la que él se siente muy afin.

Y de tal manera es eso así, que el pintor recurre a un procedimiento casi similar para disciplinar al color. Claro que es un colorista: como que es un paisajista. Pero con poca frecuencia es posible encontrar a un paisajista que tenga domesticado al color con una disciplina tan férrea como la que él usa para dominar a su cromatismo. En eso, además, le ayuda el bello gris de la ría de Bilbao. Luzuriaga parece huir casi con deliberación de los colores calientes... Pero parece escapar también de la entereza de los colores azules y verdes. Lo suyo tiene un tono ensordecido que, insisto, va muy bien con el estilo de la ciudad de Bilbao.

La pintura de Luzuriaga está conseguida a base de un feliz acuerdo de lineaciones rectas y a base de una armonización de coloraciones sordas, predominantemente azules, verdes y grises...

Es curioso, pero cuando en las palabras anteriores, yo hablaba de cierta predisposición es-





V CURSILLO TETRACERO

Se ha celebrado recientemente en Madrid el V Cursillo Tetracero de cálculo de estructuras de hormigón armado, al que ha asistido un grupo de aparejadores, arquitectos técnicos e ingenieros técnicos procedentes de distintos puntos de nuestra geografía, que han seguido con enorme interés todas las sesiones teóricas, prácticas y experimentales, a través de las cuales se han tratado todos los temas relacionados con el cálculo, de acuerdo con los más recientes métodos.

Estos Cursillos, cuya realización ha sido confiada una vez más por Tetracero al Instituto Técnico de Materiales y Construcciones (Intemac), están teniendo creciente resonancia nacional, y la experiencia obtenida después de los cinco primeros —orientados a arquitectos, ingenieros, aparejadores, arquitectos técnicos e ingenieros técnicos— confirma el alto interés de estos Cursillos, ya que representan una eficaz ayuda para los técnicos relacionados con la construcción que asisten a los mismos.. (Foto: LLORENTE)

tructural de la pintura de Luzuriaga, pensaba que mis mismas palabras podrían servir para la predisposición de la de don Daniel: Don Daniel Vázquez Díaz, que yo creo está también en la tradición de la pintura vasca, aun cuando su magisterio no creo que llegue directamente a Luzuriaga. Porque yo pienso que don Daniel también fue un pintor vasco, y ahí, solamente ahí, estaría el reproche que yo tendría que hacerle a mi amigo Llanos Gorostiza, que no lo incluyó como tal en su bello libro sobre la pintura Vasca. ■ JOSE MARIA MORENO GALVAN.

Alcaín: «En febrero, más ventajas»

«Sólo por pocos días», «En oferta», «Rebajas de invierno», «Precios sin competencia», «Rebajamos los precios, no la calidad»...

Una de las exposiciones de pintura que más han llamado la atención en los últimos tiempos ha sido la que acaba de celebrar el pintor Alfredo Alcaín en la Galería Egam. La prensa de Madrid se ha ocupado de ella con una atención que normalmente no se dedica a las exposiciones, dando a las intenciones del pintor, en algunos casos, interpretaciones que deben calificarse de pintorescas. Un periodista titulaba su información «Nueva técnica para vender arte», confundiendo, como suele decirse, el culo con las témporas. La de Alfredo Alcaín ha sido la más divertida y desenfadada exposición que se ha celebrado en estos últimos años, y la calidad del pintor excluye la posibilidad de que se haya tratado solamente de un montaje publicitario. Cualquiera que conozca la pintura de Alcaín sabe que es el suyo un arte con valor testimonial que pudiéramos calificar de crítico. Durante mucho tiempo se dedicó a copiar con minuciosa exactitud portadas de viejas tiendas del «honrado comercio» nacio-

nal. Hueverías, carnicerías, pobres cacharrerías tras cuyos cristales aparecía el rostro de una niña, escaparates de viejas mercerías, tiendas de ropa de niño, zapaterías, tabernas, estancos... En esta exposición había algunas muestras de esta dedicación alcaíniana. Por ejemplo, el fabuloso escaparate de la tienda de los hábitos, desde la Milagrosa a Jesús Nazareno, que existe todavía en la madrileña calle de Las Postas. Posteriormente, Alcaín se dedicó a pintar bordados con la misma minuciosa delectación, y también cajas de dulces, costureros y envoltorios de melocotón en almibar y peras confitadas.

A todo este mundo, que quizá podría llamarse «pop», de Alfredo Alcaín, ha añadido ahora el pintor una deliciosa ocurrencia igualmente «pop»: La de colocar al lado de los cuadros los carteles que habitualmente emplea el comercio, desde las pequeñas tiendas a los grandes almacenes, para promover la venta de los productos expuestos. Junto a un mapa de España en relieve, donde puede leerse más allá de los Pirineos la mención «El extranjero», hay un cartel que dice: «Antes, 40.000 pesetas; ahora, 37.499 pesetas». Junto a un gran cuadro que reproduce la portada del diario «ABC» con la efigie de la Virgen de Fátima, copiada con toda la acusatoria minuciosidad de que Alcaín es capaz, hay un cartel que dice: «Aprovechese, oferta especial: 89.999 pesetas». Todos los carteles son de este tenor. Para el 14 de febrero, Día de los Enamorados, Alcaín hizo una «campana especial». Un cartel decía: «Por San Valentín, compre un Alcaín». Y luego: «A los enamorados, 20 por ciento de descuento», «Esto no es vender, esto es regalar», «Precios increíbles», «Gran venta aniversario», «¡Qué alegría Bragas a cinco duros», «En febrero, más ventajas».

Alfredo Alcaín ha sentido siempre la pasión de lo popular. Cuando las portadas de las vie-

jas tiendas estaban todavía vigentes en nuestras ciudades, él se dedicó a pintarlas, y su obra de aquellos años es un impresionante archivo del antiguo comercio, hoy en trance de desaparición. En los años setenta, su atención se fija en el despliegue de la publicidad comercial, igualmente popular, que recibe en su pintura y en el entorno de la exposición un tratamiento de fina ironía testimonial. ■ LUIS CARANDELL.



Ovidi Montllor: Entre el compromiso y el «music-hall»

Ovidi Montllor es valenciano, de Alcoy. Descubierta por el ya mítico Raimon, lleva cantando profesionalmente desde el año 68, y ha publicado desde esa fecha cuatro LPs y tres «sencillos». Es un hombre que ha pasado por todos los oficios del mundo, de camarero a futbolista profesional en el Alcoyano, y su varia experiencia le ha dotado de un rico material de vivencias sencillas, que se reflejan en sus canciones.

El miércoles día 5 actuó por primera vez en Madrid, en el teatro Beatriz, acompañado por el guitarrista Carlos Boldori. Había gran expectación por verle, y el teatro estaba absolutamente lleno; el concierto estaba previsto para mediados de enero, y no pudo realizarse hasta ahora por diversas causas. Corrían rumores por el teatro: se suponía que el espectáculo podría interrumpirse en cualquier momento, y se decía que —aparte de suprimir tres canciones de un to-

tal de veintitrés que iba a cantar— se había advertido a Ovidi que no hiciese un solo comentario entre las canciones y que reprimiese cualquier gesto demasiado alusivo durante su interpretación. Nada de esto ocurrió, y el público —el «todo Madrid» del espectáculo y de la canción— pudo gozar tranquilo de la actuación de este hombre, uno de los más importantes autores de la canción de expresión catalana.

El concierto empezó a las diez y media, con la canción «Perque Vull». Fue muy aplaudido, y siguió con su «hit» «Homenatge a Teresa», una canción que podría haber firmado Georges Brassens sin sonrojo ninguno. Ovidi, vestido con camisa y pantalón negros, calzado con botas, dejó luego la guitarra con la que se acompañaba, se levantó de su silla e interpretó «Els Dimonis». Su juego escénico debe mucho a Yves Montand, aunque me inclino a pensar que es más bien coincidencia que mimetismo, pues es bastante improbable que Montllor haya visto muchas actuaciones del veterano francés. En cualquier caso, a lo largo del espectáculo demostró tener un enorme dominio de la escena, una enorme capacidad expresiva en todos sus gestos y movimientos. Utilizando a la perfección la expresión corporal y facial, consiguió Ovidi comunicar con el público casi más que con la palabra de sus canciones.

La música de Ovidi Montllor bebe más en las fuentes de la «canción de cabaret» francesa, que en las del folklore valenciano o catalán. Perfecto cuando hace «música ligera», pierde un poco cuando interpreta temas más serios o que se pretenden tales. Lo que menos me gustó del concierto fue la interpretación que hizo de un poema de Salvador Espriu, «Assaig de Cantic en el Temple», y de las «Corrandes de l'Exili», de Perè Quart. Lo que más, «Garrotada en "swing"», es-